

lanura cubierta de yerba, alternando con monte, y teniendo á cierta distancia baños de río, ermitas y otros sitios sagrados. Bajo la dirección de Crishna trazó Drishtadyumna el terreno del campamento de la hueste real, que luego fué rodeado de un ancho y profundo foso. A este campamento se agregaron los de las huestes auxiliares, con depósitos para los víveres y utensilios de guerra, abrigos para los elefantes, y para los hombres prácticos en la fabricación de flechas, arcos y otras armas. No se olvidaron tampoco los fuegos sagrados, las obla-ciones y las plegarias para alcanzar la protección y el auxilio de los dioses.

Duryodana entretanto no había estado ocioso, y apenas hubo partido Crishna, tuvo consejo con los jefes principales y puso en campaña sus once huestes, bien pertrechadas de armas y municiones de guerra y de boca. Cada hueste fué provista de proyectiles abundantes tales como entonces se usaban, además de las armas que cada guerrero llevaba personalmente. Estos proyectiles eran camisas y sogas embreadas, vasijas llenas de aceite, otras de arena, otras de serpientes y reptiles venenosos. Las huestes fueron divididas en secciones y estas en otras menores y provista cada una del número correspondiente de carros de guerra, elefantes, caballos y guerreros de á pié. Se designaron los guerreros escogidos que habían de formar las cabezas de ataque, y naturalmente también los jefes, entre los cuales figuraban en primera línea Drona, Kripa, Salya y otros. A invitación de Duryodana aceptó Bhishma el mando en jefe, si bien bajo la condición de que no pelearía á muerte con ninguno de los hermanos Pandu, pues que tan pariente era de ellos como de los hijos de Dritarashtra. Por lo mismo recomendó que se nombrara á Karna en su lugar, pero éste declaró que no aceptaría mando alguno ni entraría en combate mientras Bhishma viviese, y entonces Bhishma fué presentado á todo el ejército y aclamado generalísimo entre los terroríficos alaridos guerreros de las masas y los sonidos de los cuernos marinos y vibrantes trompas.

Al saberse esta elección en el campamento enemigo, reuniéronse los jefes en consejo y proclamaron á Arxuna jefe principal, dándole por auriga á Crishna. El hermano de este último, llamado Valarama, llegó al campamento para hacer saber á todos que él estaba decidido á no tomar parte alguna en la guerra, porque tanto Bhima, el hijo de Pandu, como Duryodana, el hijo de Dritarashtra, habían sido sus discípulos en el arte de manejar la maza; que á ambos profesaba cariño igual, y para no ver la ruina y exterminio de los Kuru permanecería hasta el fin de la guerra en los lugares sagrados al Oeste del río Sarasvati, á donde se dirigía.

Apenas hubo partido, se presentó en el campamento de los Pandu un príncipe arrogante y fanfarrón del Mediodía llamado Rukmin, hijo de Bhodsha, gran tirador de flechas, que ofreció su concurso á Yudishtira, su arco divino llamado *vidchaya* (el vencedor) y su hueste formidable, con la cual decía había sometido pueblos y reinos. Según él, no había hombre sobre la tierra que le igualara en fuerza y valor, y como era posible que Arxuna tuviese miedo, quería él prestarle su auxilio. Contestóle Arxuna que no tenía miedo ni necesitaba auxilio, y que por tanto podía Rukmin hacer lo que mejor le pluguiese, ya quedándose, ya marchándose á otra parte. El príncipe fanfarrón se decidió por lo último y se dirigió al campamento de Duryodana, donde también fué rechazado.

Acampados frente á frente los dos ejércitos enemigos, mandó Duryodana á retar al jefe Pandu, Bhima, en términos de bafa. Eligió para mensajero, dice el poema, á Uluka (el Buho), hijo de Kitava (el Jugador ó Tahir), que admitido á presencia de los grandes caudillos cumplió su encargo re-

cordando á los Pandu las humillaciones que habían sufrido y sus juramentos de venganza, con otras expresiones mordaces y venenosas.

Levantáronse los hermanos, furiosos, de sus asientos, y Bhima gritó: «Tendrá lo que pide. Dí, hijo de Kitava, á Duryodana que no haga ostentación vanidosa de la maldad de que nosotros hemos sido víctimas; dile que primero saldrá el mar de su lecho, primero se tambalearán las montañas que falte yo á mi juramento, y aunque tuviese tu amo por aliados al mismo Yama, á Kubera ó Rudra, los hijos de Pandu harán lo que han prometido.» Cada uno añadió lo que quiso, y Arxuna encargó al mensajero que dijese á Duryodana que era el oprobio de la familia y que al expirar la noche empearía su ruina. Mucho añadieron uno y otro, hasta que Yudishtira, resumiéndolo todo y culpando á Duryodana por la sangre de parientes que iba á verterse, dijo al mensajero: «Marcha pronto, Buho (Uluka), pero si prefieres quedarte entre nosotros, quédate; de todos modos, te deseamos felicidades.» Uluka saludó y regresó cerca de los Kuru, á los cuales participó todo cuanto había visto y oído.

Cuando hubo partido el mensajero formó Yudishtira todas sus fuerzas, á las órdenes de Drishtadyumna, fuera del campamento en orden de batalla, con sus carros, elefantes, caballos é infantes, indicando á cada caudillo el campeón contrario á quien debía buscar y atacar personalmente, en cuyo señalamiento tocó á Sikhandin, hijo de Drupada, pelear con Bhishma.

Cuando este último lo supo, dijo á Duryodana que no quería luchar con Sikhandin, é instado por aquel para que manifestara el motivo de su resolución, dijo que Sikhandin había nacido hembra, que después se había transformado en varón, y que un antiguo oráculo había pronosticado que él, Bhishma, moriría á manos de este mismo Sikhandin.

Después de celebrar un nuevo consejo Duryodana con sus jefes, y Yudishtira con los suyos, amaneció y ambos ejércitos se dispusieron al ataque, pero Arxuna, preguntado por su hermano mayor respecto de su opinión, le contestó mirando á su compañero Crishna: «Venceremos nosotros y ellos serán derrotados; solo que no se verá de seguida.»

Las masas de ambos ejércitos prorumpieron en formidables cantos guerreros, mezclados con el sonido de los cuernos marinos, cuando llegaron á la vista. El estruendo era como el de dos mares alborotados que, embistiéndose, parece que quieren tragarse la tierra y el cielo. De lejos y de cerca habían acudido allí todos los varones aptos para manejar las armas, y en los países todos representados en los dos ejércitos, solo habían quedado las mujeres, los niños y los ancianos inútiles para la guerra: lo mismo podía decirse de los elefantes, caballos y carros.

Antes de embestirse se convino entre ambas partes beligerantes que al cesar la lucha se tratarían como amigos; que nadie usaría de amaños desleales; que no se molestaría á los que abandonasen la pelea, y que pelearan entre sí solamente los de armas iguales, es decir, los montados en elefantes con los que fueran en elefantes, los guerreros montados en caballos entre sí, los que fueran en carros con los que llevaran carro, y los infantes solo con infantes. Los combates debían ser todos singulares, después de haber precedido el correspondiente reto; el que se negara á pelear, el que estuviera descuidado, rendido de fatiga ó desarmado sería respetado, y lo mismo quedó convenido respecto de los aurigas, de los criados que proveían á los combatientes de armas, de los timbaleros y trompeteros, así como también de los animales de carga.

Excitado por la lucha que se preparaba, Vyasa, el hijo de la ninfa ó diosa Satyavati, que veía lo pasado, lo presente y

lo venidero, acudió á ver y á animar á Dritarashtra, que estaba muy abatido, pensando en las consecuencias de la conducta deplorable de sus hijos. Vyasa le ofreció curarle la ceguera á fin de que pudiese ver con sus propios ojos los sucesos que iban á desarrollarse; pero el anciano rechazó el ofrecimiento, diciendo que prefería continuar ciego á ver destrozarse á los suyos. Entonces le dijo el sabio que haría invulnerable á Sandchaya, el auriga del rey, y que le daría el poder de correr como el pensamiento para que pudiera informar á su amo á cada instante de lo que pasaba. Aceptado esto, pasó Vyasa á referir al rey los presagios y señales maravillosas que en todas partes se oían y veían. Águilas, buitres, picazas y grajos se agrupaban en las alturas, atraídos por la esperanza de hartarse de la carne de hombres y animales que habían de darles con abundancia las próximas batallas. Los graznidos y chillidos de estas aves, que se disputaban ya los mejores puestos, unidos á los rugidos y aullidos de las hambrientas fieras de la selva, llenaban el aire; negras sombras cual largas fajas de nubes, franjeadas de fuego, oscurecían el disco del sol cuando salía y se ponía. La luna tenía color de sangre y no alumbraba, el cielo de color de plomo. Las imágenes de los dioses se bamboleaban sobre sus bases, algunas vomitaban sangre, otras sudaban y muchas caían al suelo; llovía sangre y polvo; con cielo sereno se oían truenos; algunas vacas parían asnos, varias yeguas terneros, las perras chacales y las mujeres monstruos. Otras muchas señales espantosas de próximos y terribles desastres refirió Vyasa, y finalmente dijo á Dritarashtra que no se dejara dominar por la aflicción y se conformara con lo que no podía evitarse ya. Con esto se despidió; cuando se hubo despedido, mandó el rey llamar á su auriga Sandchaya para que le distrajera hablándole del mundo y de los seres que lo poblaban. Esto y la descripción que le hizo Sandchaya de la tierra en general y de la India en particular, su geografía, sus animales, plantas y otras cosas, constituyen una interpolación relativamente muy moderna como otras muchas. Después el auriga refirió á su amo los sucesos del día.

Al amanecer, en ambos campos se prepararon los ejércitos al ataque; las voces de los caudillos, los sonidos de los cuernos y trompetas, los alaridos de la gente, los relinchos de los caballos, los chirridos de los carros, los gritos de los elefantes, producían un estruendo horrible. Cuando salió el sol y alumbró á ambos ejércitos, que se extendían hasta donde alcanzaba la vista y estaban á punto de embestirse, las armas, los carros, los arreos de los elefantes, las perlas, los adornos de oro que llevaban los guerreros mas notables, heridos por los rayos solares, deslumbraban la vista como los Marut, los genios de la tormenta, y como Indra en su esplendorosa y divina grandeza. En medio de tanto resplandor distinguíanse las banderas de los príncipes; luego se fueron envolviendo en una inmensa polvareda, al través de la cual el sol apenas parecía á los guerreros sino como una pálida mancha. Jamás nadie había visto ni oído hablar de tan gran multitud de guerreros.

Bhishma reunió á los príncipes de su familia y les instó á que tuviesen presente que el destino de los varones de raza real era morir en el campo de batalla; que éste era el camino por donde habían de entrar en el mundo de Brahma, en el cielo de Indra, y que, de consiguiente, mirasen la muerte con serenidad y desprecio de la vida. Después, el anciano y venerable caudillo se puso á la cabeza de su ejército, y los demás fueron á ocupar sus puestos respectivos, en medio de los atronadores sonidos de las trompetas, cuernos y timbales.

Yudishtira, con su carácter recto, se horrorizó al ver los preparativos del enemigo y al frente de sus fuerzas á Bhish-

ma; pero Arxuna le recordó la indómita fuerza de Bhima, sin igual en el manejo de la clava; los consejos y el auxilio divinos de Crishna y la justicia de su causa, que le aseguraban la victoria á pesar de cuantos se pusieren al lado del malvado Duryodana. También Vasudeva pronosticó al rey Pandu la victoria final infalible; y reanimado Yudishtira, subió á su magnífico carro real, sombreado por un parasol de deslumbradora blancura; los demás caudillos se colocaron á la cabeza de sus respectivas tropas; Drishtadyumna iba delante de todos; y entonando himnos en alabanza de los dioses, se formaron las fuerzas en orden de batalla.

Duryodana experimentó la misma impresión que Yudishtira. Cuando vió formada la hueste enemiga y en sus puestos los Pandu y sus arrogantes campeones, dijo á Drona, su maestro de armas: «No hay paridad entre los campeones á las órdenes de nuestro Bhishma y los que secundan á Bhishma,» y le citó uno á uno á los de cada bando; pero cuando el anciano Bhishma dió su formidable grito de guerra y tocó el cuerno, al cual respondieron todos los demás con los suyos, las trompetas y los timbales, recomendó á los demás que solo mirasen á su jefe y le imitasen en todo. Entonces respondió también el ejército de los Pandu con sus alaridos y toques de cuerno y demás instrumentos, que helaban los corazones de los contrarios y retumbaban en el cielo y en la tierra.

Entonces irguióse Arxuna en su carro, tomó su bandera, que figuraba un mono, cogió su divino arco y dijo á su augusto auriga que le llevase en medio de los dos ejércitos á fin de ver con sus propios ojos á los que se habían puesto del lado de su primo, el hijo perverso y belicoso de Dritarashtra. Complacióle Crishna y le enseñó uno á uno á los príncipes y mas importantes caudillos del ejército enemigo. Cuando Arxuna vió en ambos ejércitos á todos sus parientes paternos y maternos y á los amigos de la familia, fué grande su aflicción; el arco se le escapó de la mano, y volviéndose hácia Crishna dijo: «No puedo; renuncio á la victoria, al reino y á la fortuna si he de conseguirlos matando á mis parientes,» y profundamente conmovido sentóse sobre la caja del carro. Crishna le reprendió por su debilidad y con reflexiones filosóficas y religiosas venció sus escrúpulos y dudas (1); Arxuna se rehizo, recogió su arco y cuando volvió á su hueste fué recibido con entusiastas gritos de guerra y grande estrépito de los instrumentos bélicos.

Entonces púsose en movimiento el ejército enemigo y avanzó en masas compactas sobre el de los Pandu; los alaridos, el sonido de los cuernos y timbales eran espantosos; parecía aquello la mar embravecida cuando sus encrespadas olas se estrellan furiosas contra una rompiente. Una lluvia de flechas cruzaba de una parte á otra; los carros corrían con los varones esforzados que llevaban de una parte á otra; todos rivalizaban en valor y destreza; ora avanzaban los unos, ora los otros, y una densa nube de polvo envolvió á los dos ejércitos. Bhishma y Arxuna, arrojándose flechas, se encontraron pronto frente á frente, pero aunque heridos ambos de flechazos no retrocedían. Los demás adalides pronto encontraron también cada uno á su contrario y se entablaron otras tantas luchas singulares á flechazos que destrozaron á uno el arco en la mano, á otro el brazo, á éste la bandera, á aquel algunas costillas. Daba gusto ver estos combates á distancia; pero pronto se embistieron también los guerreros montados en elefantes y á su vez los montados en caballos y finalmente la infantería. Cuéntase que desde las serenas alturas ce-

(1) Este discurso sobre la vida y la muerte, el alma y la inmortalidad, todo en el sentido panteísta de la filosofía llamada Sankhya, es una interpolación de las mas modernas, y fué el primer trozo de literatura india que se dió á conocer en Europa.

lestes estaban mirando la pelea inmensa é inextricable los héroes y sabios de siglos remotos.

Si por la mañana había sido furiosa la lucha, mas lo fué por la tarde del mismo día. Bhishma á la cabeza de su ejército sembró el terror en las masas enemigas, y otra vez le cerraron el paso Bhima y Abhimanyu, el hijo de Arxuna y de la hermana de Crishna. Utara, el hijo de Virata y cuñado de Abhimanyu, sentado en un elefante, atacó á Kritavarman y á Salya, rey de Madra, que avanzaba en su carro de guerra; pero el elefante, usando su trompa, hizo rodar el carro por el suelo. Entonces el rey de Madra se incorporó, derribó con un terrible puñetazo al paquidermo y con un golpe de su espada tendió en tierra al que lo montaba. Utara fué llevado por su gente fuera del combate, y á Salya se opuso otro príncipe de la familia de Virata, el irresistible Sveta. Acudieron al socorro de cada uno adalides de su partido. Cayendo algunos, levantándose otros, siguió la pelea de este grupo hasta que volvió á tomar parte en ella Bhishma, contra el cual al instante dirigió Sveta sus flechas, con tanto acierto que una le cortó el arco en la mano y otra el asta de su bandera; sus caballos cayeron y del golpe el anciano jefe cayó de espaldas en su carro. Los Pandu dieron un grito de júbilo; pero Duryodana, advertido del peligro, envió al instante socorro al anciano, que volvió á levantarse y continuó la lucha, animado por los mismos dioses, dice el poema. Rotos los arcos, los combatientes echaron mano á sus venablos y luego á sus mazas; un tremendo golpe de maza dejó exánime al valeroso Sveta, que al instante fué reemplazado por Sankha, otro jefe virata, que atacó de firme á Salya y Kritavarman. Al auxilio de estos acudieron siete guerreros Kuru de los mas notables y arrojaron una lluvia de flechas á Sankha; pero éste, tirador terrible, cortó con sus flechas uno tras otro los arcos de sus contrarios.

En este momento volvió á tomar parte en la pelea Bhishma y sucesivamente otros jefes con su gente. Acercóse allí el mismo rey de los pancalas con grandes masas de refresco; Bhishma viendo el peligro se adelantó á su encuentro, y la pelea se fué generalizando como el incendio de un bosque hasta que la oscuridad obligó á los combatientes á desistir y á retirarse á su campamento, para continuar la lucha á la mañana siguiente.

Diez días duraba ya la lucha, desde la primera hora de la mañana hasta la noche, empezando por combates singulares que rápidamente se generalizaban, convirtiéndose en otras tantas batallas de grandes masas, que á su vez se volvían á separar en grupos y estos aquí y allá en combates singulares. Cada día solía empezar la lucha con un combate singular á flechazos entre Bhishma y Arxuna, sin que ninguno quedara fuera de combate, porque á ambos repugnaba matar al contrario. Todos hicieron prodigios de valor; el tercer día acabó con una retirada de los Pandu; otro día fué fatal para los Kuru, sin que alcanzara ningun ejército una victoria definitiva por efecto de las contemporizaciones de Bhishma y de Arxuna.

No por esto menguaron los bríos ni el ardor y furor de los combatientes, porque en las filas de ambos ejércitos se iban abriendo claros, y adalides distinguidos iban sucumbiendo. Duryodana no cesó de instar á Bhishma á dejarse de contemplaciones y á atacar de firme. A esto se debió efectivamente la derrota de los Pandu el tercer día de lucha, descalabro que excitó tanto á Crishna que saltó del carro de su protegido Arxuna y se arrojó furioso sobre los enemigos; Arxuna corrió tras él y empleando ya la fuerza, ya buenas palabras, le hizo ocupar otra vez su asiento.

El noveno día de la lucha sucedió una cosa análoga. Arxuna había perdido el día antes á su hijo Irvant, muerto en

heróica lucha. Dominado por el dolor y la ira, ordenó á su auriga que le llevase en medio de las masas enemigas, y aquel día hizo entre ellas un destrozo espantoso, de suerte que Duryodana volvió á instar aquella noche á Bhishma á no guardar mas consideraciones con los Pandu. Consintió el viejo, pero declaró que no pelearía contra Sikhandin. Este, por especial empeño de Arxuna, debía embestir el décimo día á Bhishma, lo cual, sabido por Duryodana, le había determinado á poner al lado de Bhishma sus adalides mas esforzados. Llegó el noveno día y á pesar de las indescriptibles heroicidades, especialmente de Arxuna, Bhima y Abhimanyu, el ejército de los Pandu empezó á perder terreno y luego se declaró en fuga ante la terrorífica embestida de Bhishma. Entonces no se contuvo mas tiempo Crishna; volvió á saltar del carro y con solo su pica de aguijonear los caballos iba á cerrar el paso á Bhishma cuando otra vez corrió Arxuna tras él y recordándole su voto de no tomar parte en la lucha con las armas le hizo volver á ocupar su puesto en el carro, no sin prometerle que al día siguiente opondría á Sikhandin á Bhishma y protegería al primero inutilizando con sus flechas á los que defendían al jefe enemigo.

Llegó el décimo día y los dos ejércitos avanzaron uno contra el otro. A la cabeza del de los Pandu iba Sikhandin con Bhima y Arxuna á su lado para auxiliarse; detrás de ellos Abhimanyu con los hijos de Draupadi; luego, formando una pequeña falange, iban Drishtadyumna, Yudishtira y sus dos hermanos mellizos; tras ellos los reyes de los viratas y pancalas, y despues la masa del ejército con sus jefes. A la cabeza de la hueste contraria estaba Bhishma con varios hijos de Dritarashtra; tras ellos estaban Drona y su hijo; luego Bhagadata, Kripa, Kritavarman y los reyes de los cambodhas y maghadas con sus fuerzas. Las flechas de Arxuna y Bhima barrieron un gran espacio delante de ellos y de Sikhandin, pero las de Bhishma, cual tizonas encendidos y arrojados en un matorral, sembraron la destruccion entre los compañeros de Sikhandin, que solo tiraba sobre Bhishma y llegó á herirle. Bhishma le gritó: «Tanto si tiras como si no tiras, yo no lucho con mujeres» (porque Sikhandin había nacido hembra); pero éste le contestó: «Tanto si me atacas como si no, hoy no has de escaparte vivo de mis manos.» «Haz lo que puedas y acaba con el abuelo,» le dijo Arxuna, excitado por Crishna, «hoy lo has de hacer; yo estoy á tu lado y ocuparé á cuantos rodean á Bhishma.»

Bhishma contestando á Duryodana, que le excitaba á ser cauto, le dijo: «Hoy verás una cosa grande; ó yo seré muerto ó acabaré con los hijos de Pandu.»

Pronto vióse atacado Arxuna por Dusasana, cuya coraza se tiñó de sangre de las heridas que le causaron las flechas de aquel héroe, en cuya frente se clavaron tambien tres de su contrario; pero otra flecha de Arxuna hizo astillas el arco de Dusasana, que viéndose desarmado se agregó al acompañamiento de Bhishma. Contra Bhima se arrojaron diez de los que secundaban al jefe enemigo, pero gracias al auxilio de Arxuna, tuvieron que retroceder heridos algunos de ellos. Otras luchas parciales se entablaron cerca de Bhishma y Sikhandin; la pelea se hizo general, y poco á poco quedó Bhishma solo en frente de su contrario, que le había clavado ya una porcion de flechas. Dusasana entonces con un esfuerzo prodigioso consiguió llegar al lado del anciano héroe, y no tardó en caer tambien herido, pero Duryodana, viendo el peligro, envió nuevos socorros á su abuelo, que como un leon se defendía en medio de muchísimos enemigos. Arxuna ho cesaba de excitar á Sikhandin, á quien tenía delante, á que atacara resueltamente al viejo, que arrojaba sangre de muchísimas heridas mientras Arxuna con sus flechas le destrozaba un arco tras otro; tambien quedó herido el auriga del ancia-

no y una flecha hizo astillas el palo de su bandera cuando ya el sol iba á su ocaso. «Estas flechas,—dijo Bhishma,—no vienen del arco de Sikhandin, sino del de Arxuna, que parecen rayos de Indra,» y diciendo esto arrojó su pica á su contrario; pero Arxuna cortó la pica, no obstante de tener que luchar tambien contra Dusasana. Entonces Bhishma, lleno el cuerpo de flechas, cogió su espada y escudo reluciente como el oro para hacer un último esfuerzo y morir ó vencer, de pié solo ya en su carro de guerra. En estas circunstancias llegó Yudishtira con su gente, y se entabló entre los de Bhishma y los contrarios una lucha espantosa, un verdadero degüello como mas horroroso jamás se había visto; la tierra estaba empapada en sangre y cubierta de innumerables cadáveres. Arxuna se adelantó en su carro y sus flechas hicieron arremolinarse á los enemigos, mientras los Pandu arremetían con impetuoso furor hácia el carro en que estaba el anciano héroe el cuerpo cubierto de heridas y de flechas. En aquel momento ocultóse debajo del horizonte el último extremo del radiante disco del sol, y Bhishma cayó como masa inerte de su carro. Un alarido anunció el suceso, y cesó la lucha.

El héroe no había muerto todavía y, segun el poema, no murió hasta mucho tiempo despues de la guerra, es decir, hasta el primer solsticio, como él mismo había predicho. Durante este tiempo pronunció largos discursos sobre los deberes de los soberanos y sobre otros motivos que el poema trae mas adelante.

La pérdida de su jefe desanimó á todos los Kuru mientras gritos de júbilo y de victoria salían de las filas del ejército contrario; pero pasado este primer arranque, formaron todos sin distincion, amigos y enemigos, un vasto círculo alrededor del anciano héroe, cuyo cuerpo estaba tendido sobre las flechas que le habían herido. No pudiendo levantar la cabeza, no quiso admitir almohada, sino que se la hizo sostener por Falguna con tres flechas de las que le había disparado Arxuna, al cual llamó repetidas veces cerca de sí, y cuando le vió á su lado le dijo: «Las heridas me duelen; tus flechas arden en mis carnes como fuego y tengo la boca seca; dame, Arxuna, un cordial, de los que tú sabes.» Arxuna, por toda contestacion, disparó su flecha, que hendió con estrépito el suelo al lado del anciano, y al instante brotó de la abertura un chorro de agua fresca y aromática como néctar, que confortó al herido como por encanto. Todos los que allí estaban quedaron asombrados, y mas cuando oyeron á Bhishma glorificar á Arxuna como hijo invencible de Indra. A Duryodana aconsejó vivamente que hiciera las paces con sus parientes, pero Duryodana, semejante al enfermo que rechaza el remedio que le ha de salvar de la muerte, no respondió nada. Acudió tambien Karna gritando, los ojos arrasados de lágrimas: «¡Bhishma, Bhishma!» y cuando éste tambien le instó mansamente á reconciliarse con sus hermanos, los Pandu, le contestó: «Todo eso ya lo sé, pero ya no puedo hacerlo.» Entonces le dijo el anciano: «Pues bien, cumple como vástago de raza real y divina; cumple como he cumplido yo con todas mis fuerzas para gozar del descanso eterno. Esto, oh Karna, te lo digo yo, porque es verdad.»

Por recomendacion de Karna, á quien Bhishma había proclamado el mejor de los adalides, fué nombrado jefe del ejército Drona, con lo cual y con la seguridad de la cooperacion de Karna, cobraron los Kuru nuevo ánimo.

A la madrugada del undécimo día formó Drona sus fuerzas en orden de batalla. Al frente de la hueste contraria ondeaba la bandera de Arxuna, y luego hendieron el aire innumerables flechas que cruzaban entre los dos ejércitos, cuyos alaridos hacían temblar la tierra. Aquel día juró Drona coger vivo á Yudishtira si había algunos que lograran separarle de su hermano Arxuna; pero Arxuna, cuando lo

supo, dijo á su hermano mayor: «Nada temas, no quiero matar á Drona porque ha sido nuestro maestro; pero tampoco le dejaré conseguir su propósito. Aunque se derrumbe el cielo con sus estrellas y se hiciera pedazos la tierra, no te hará prisionero Drona mientras yo exista.» Efectivamente, aquel día todos rivalizaron en heroicidades, y entre otros se distinguió Abhimanyu, el hijo de Arxuna, y Bhima en un terrible combate singular á maza con Salya; pero á pesar de todo la balanza se inclinó á favor de los Kuru por efecto del indómito valor y fuerza de Drona, que habría cumplido su promesa y hecho prisionero á Yudishtira si no hubiese sido socorrido á tiempo por su hermano Arxuna.

Habiendo la noche puesto fin al combate, al retirarse los ejércitos á sus respectivos campamentos dijo Drona á los suyos que mantenía su promesa, pero que era menester que algunos otros se encargaran de distraer á Arxuna para separarle del lado de su hermano. Encargáronse de esta mision Susarman, rey de los trigartas, y cuatro individuos trigartas mas, que hicieron juramento solemne de matar á Arxuna ó perecer en la demanda; diciendo que si acaso volvían la espalda al enemigo merecerían ser relegados en la otra vida al mundo de los mentirosos y malvados. Los cinco juramentados con su gente tomaron por su cuenta á Arxuna, sin dejarle un instante en muchos días. Arxuna mató á centenares de enemigos, con inclusion de los juramentados, y gran número de sus jefes pagaron tambien con la vida su atrevimiento. Entretanto, Bhagadata, rey de los prayotishas, había peleado dos veces en singular combate con Abhimanyu y Bhima sin que estos pudieran derribarle de su elefante ni ponerle fuera de combate. Los destrozos que hacía en las masas de los Pandu eran terribles, hasta que Arxuna pudo desembarazarse de los contra él juramentados y correr á su encuentro. Arxuna recibió una lluvia de flechas de Bhagadata, una de las cuales hirió á Crishna y otra hizo dar una vuelta á la diadema que Arxuna llevaba en la cabeza; pero Arxuna hirió de muerte con una de sus flechas al elefante y con otra al que lo montaba, el cual cayó expirando é inerte al suelo. Los que le seguían cayeron tambien atravesados por las flechas de Arxuna ó huyeron, como tuvo que huir Sakuni á pesar de su poder mágico. Toda la jornada fué una continua matanza ya en los combates singulares y parciales, ya en los de grandes masas. Entre los héroes notables á quienes aquel día, el décimotercero de la batalla, arrebató la muerte figuró tambien Abhimanyu, el hijo de Arxuna y sobrino de Crishna. Cuando Arxuna regresó por la noche al campamento, llevaba el presentimiento de una gran desgracia; Crishna procuró tranquilizarle, pero su angustia se aumentó al observar que los guerreros no se atrevían á mirarle, que ninguno de sus hermanos y allegados le salía á recibir, y que nadie le saludaba con los acostumbrados toques de instrumentos bélicos. Preguntó ansioso por todos, y al hacerlo por su hijo, que siempre acostumbraba á salir á su encuentro, todos se mostraron tristes y nadie contestó. Esto le reveló su desgracia; su dolor fué grande; reconvino á sus hermanos por no haber auxiliado á su hijo, que por ellos había perdido la vida, y no se calmó su enojo hasta que Crishna se decidió á hacerle reflexiones diciéndole que Abhimanyu, siguiendo la senda de héroe que le correspondía, como hijo de raza real, había encontrado la muerte ambicionada por todos los valientes, y que conducía infaliblemente al mundo de los buenos, á la bienaventuranza eterna. Entonces refirió Yudishtira cómo había sucedido la desgracia (1). Mientras los juramentados

(1) Los lamentos de Yudishtira sobre la muerte de Abhimanyu, descripcion del campo de batalla y la aparicion del sabio Narada, que para consolar á los hermanos les refiere en compendio la historia de Ráma, interrumpen aquí el curso de la narracion.